



Colección **1**
Lenguaje y acción

El compromiso literario en la reflexión de lo político

Porfirio Cardona-Restrepo
Freddy Santamaría Velasco
Óscar Hincapié Grisales
Editores



Universidad
Pontificia
Bolivariana

Universitat
Konstanz



Red de cooperaci3n
"Nuevas perspectivas en teoría de la cultura"



Sozialwissenschaftliches Archiv
Konstanz Alfred-Schutz-Gedachtnis-Archiv

801.3
C737

Cardona Restrepo, Porfirio, editor
El compromiso literario en la reflexión de lo político / editores Porfirio Cardona-Restrepo, Freddy Santamaría Velasco y Óscar Hincapié Grisales.
-- Medellín: UPB, 2018.
288 páginas, 16.5 x 23.5 cm.
ISBN: 978-958-764-623-8 / 978-958-764-624-5 (versión web)

1. Política y literatura – 2. Violencia y literatura – 3. Literatura – Aspectos sociopolíticos – I. Santamaría Velasco, Freddy, editor – II. Hincapié Grisales, Óscar, editor – III. Título

UPB-CO / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Porfirio Cardona-Restrepo
© Freddy Santamaría Velasco
© Óscar Hincapié Grisales
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

El compromiso literario en la reflexión de lo político

ISBN: 978-958-764-623-8
ISBN: 978-958-764-624-5 (versión web)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-624-5>
Primera edición, 2018
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas
CIDI

Grupo de Investigación: Estudios Políticos. *Línea:* Teoría política. *Proyecto:* Discurso y prácticas políticas en el marco del pluralismo democrático. *Radicado:* 955B-12/17-36

Grupo de Investigación: Lengua y Cultura de la Escuela de Educación y Pedagogía. *Proyecto:* Didáctica de las lenguas clásicas: aprendizaje y enseñanza en la formación universitaria. *Radicado:* 137C-05/18-42.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Luis Fernando Álvarez Jaramillo

Director Facultad de Ciencias Políticas: Porfirio Cardona Restrepo

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Milena Gómez Correa

Corrección de Estilo: Santiago Gallego

Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2018
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Teléfono: (57) (4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1758-17-09-18

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

José Saramago: una radiografía crítica de nuestra época

DAMIÁN PACHÓN SOTO¹

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER - COLOMBIA

La cabeza de los seres humanos no siempre está completamente de acuerdo con el mundo en que viven, hay personas que tienen dificultad en ajustarse a la realidad de los hechos...

(José Saramago, 2006a, p. 155).

Introducción

Saramago fue uno de los mejores escritores de la segunda mitad del siglo xx. Un escritor con una gran imaginación y un gran compromiso social, que hizo de las letras no solo un medio para retratar el mundo contemporáneo, sino una forma de bucear en la condición humana, auscultando sus contradicciones y su fealdad, pero también su belleza y sus posibilidades.

En lo que sigue, se exponen algunos aspectos de la crítica de Saramago a la civilización actual (o lo que, con muchos debates a cuestas, se ha llamado “posmodernidad”); para ello, se hará alusión de tres de sus novelas: *Ensayo sobre la ceguera*, *Ensayo sobre la lucidez* y *La caverna*. Asimismo, acudiré a algunas entrevistas concedidas por el autor. Igualmente, en la primera parte, se alude a su papel de intelectual y a algunos aspectos de su estilo. Es un ejercicio que muestra la forma en que la literatura puede convertirse en fuente crítica de la civilización y la política.

1 Doctor en Filosofía de la Universidad Santo Tomás, profesor Escuela de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Industrial de Santander. Autor de varios libros, entre ellos, *Crítica, psicoanálisis y emancipación. El pensamiento político de Herbert Marcuse* (2016); *Estudios sobre el pensamiento colombiano*, V.1 (2011); *Estudios sobre el pensamiento filosófico Latinoamericano* (2015); *Filosofía y prensa en Colombia* (2016); *Preludios filosóficos a otro mundo posible* (2013). Correo electrónico: dpachons@uis.edu.co

Un escritor insular

En el libro *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler (1918-1922), una fotografía de la posguerra, el eximio profesor alemán había comprobado la impotencia del intelectual en la sociedad burguesa. Spengler no solo había hecho la comprobación, sino que él mismo desterraba al intelectual de la vida social y reprochaba sus pretensiones humanistas y salvadoras. Reprochaba, además, que “todo pueblo produce esa basura histórica” (Adorno, 1984, p. 53). Por otro lado, fuera de Alemania, en Francia, desde el famoso caso Dreyfus, los intelectuales —la “basura histórica” de Spengler— habían empezado a tener otra connotación, más precisamente, habían conquistado un puesto en la sociedad. Como se sabe, todo se remonta al “Manifiesto de los intelectuales” que firmaron en 1898 Anatole France, Émile Zola y Marcel Proust, entre otros, que denunciaba las injusticias cometidas por el Estado francés contra el general judío Alfred Dreyfus. Ese manifiesto fue acompañado por el panfleto “Yo acuso” de Zola. En ese momento, el intelectual surgió con la misión de “combatir el militarismo, el antisemitismo, la corrupción política, la injusticia como sistema” (Gutiérrez, 2001, p. 21). Este es el intelectual comprometido que toma parte en los asuntos de la sociedad y que participa como inteligencia en el esclarecimiento de los acontecimientos sociales. Es el intelectual que, guardadas las proporciones, se asemeja al “intelectual orgánico” y “democrático” de Antonio Gramsci o al intelectual “francotirador” o “librepensador” de Lucien Goldmann (Fernández, 1985, p. 143). Ya no es el intelectual cuya conciencia es de “carácter vacilante”, como lo refiere Lukács en su texto de 1923 *Historia y conciencia de clase* (1984), ni es la “inteligencia flotante” a la que alude el sociólogo alemán Karl Mannheim en *Ideología y utopía* (1919) para connotar la ausencia de lazos del intelectual con la sociedad burguesa (en últimas, su aislamiento).

Saramago, por su parte, no fue un intelectual recluido en una “torre de marfil”. Todo lo contrario, hizo público su compromiso político y participó en eventos sociales y políticos como el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Fue un intelectual comprometido con la realidad y consciente de que “el mundo no está bien”, o de que, como diría Ernesto Sábato, “los cielos y la tierra se han enfermado” (2004, p. 117). Con todo, paradójicamente, Saramago no parecía un escritor de estos tiempos, pues su novela no sucumbió a la trivialización general de la literatura que, con algunas excepciones, se volvió

la regla general en la segunda mitad del siglo xx. Así describió ese fenómeno el crítico y filósofo colombiano Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) al referirse a la *desintelectualización* de la literatura producida por la sociedad de masas: “La densidad intelectual [...] fue sustituida por una exuberancia verbal y de imágenes que satisface a un amplio público lector habituado a las sonoridades y monumentalidades de películas y transmisiones televisivas de coronaciones y bodas y funerales aristocráticos y de los llamados ‘ídolos de masas’, artistas de cine, futbolistas, industriales” (2004, p. 324).

Saramago no se rindió ante la trivialidad publicitaria de la era de la técnica y la información que ha facilitado novelones insulsos “sin densidad intelectual” y el auge de la literatura de autoayuda vendida como salvación para el hombre autoinculcado por sus fracasos, según el modelo neoliberal.

En los libros de Saramago están presentes las reflexiones filosóficas sobre la vida, la realidad, el tiempo e, incluso, sobre elementos constitutivos de la vida cotidiana de las personas. Por eso, “es un escritor insular”. Así lo puso de presente Darío Botero Uribe en una entrevista que le hizo al Nobel en el año 2001, junto a Ricardo Sánchez Ángel, Darío Henao y Marino Cañizales:

[Saramago] es un escritor de la estirpe de Dostoiewski, de León Tolstoy, de Thomas Mann, de Sartre, de Borges... para quienes la vida intelectual y artística no es ajena a la narrativa. Es por esta razón un autor insular en el mundo de hoy, donde pululan los cuenteros con habilidad para narrar historias insulsas de la vida cotidiana, haciendo de la literatura un pasatiempo (2001, p. 2).

Saramago, proveniente de una familia portuguesa humilde, un escritor tardío cuya obra fundamental la desarrolló a partir de los 60 años —a pesar de que había publicado su primera novela a los 25—, un amante de los perros y del ascetismo, un ateo declarado, reflejó su talante crítico de la actual civilización en varios aspectos de su obra y de su vida. Decidió “recogerse” en la isla de Lanzarote debido a una censura del gobierno de Portugal por su novela *El evangelio según Jesucristo* (1991). Ese aislamiento tuvo un tinte de oposición a la sociedad actual. Refleja la incomodidad de permanecer en la ciudad y en la sociedad de masas. Es algo típico de algunos escritores: la necesidad de tranquilidad, ataraxia y, en este caso, contacto con la naturaleza, los lleva a elegir un estilo de vida ascético. Saramago dijo que le gustaba Lanzarote por ser “un pueblo. La gran ciudad ya no la soporto, nunca la

soporté” (Halperín, 2000, p. 42). Era consciente de que la ciudad es afable con quien tiene posibilidades, pero para quien carece de ellas es un infierno.

Este tipo de crítica fue común desde finales del siglo XIX. No solamente en Europa, sino en Hispanoamérica. La ciudad representó ante todo un nuevo ritmo de vida, un nuevo estilo de vivir que, por lo mismo, significaba también la pérdida o el paulatino desaparecimiento de los valores tradicionales, lo mismo que su modo tradicional de existencia. La ciudad es, también, la hija de la racionalización moderna, del proceso de aburguesamiento de la sociedad; es hija de la “era del capital”, para decirlo con Eric Hobsbawm. La ciudad de masas reflejó las consecuencias de la modernización. Eso también lo puso de presente Spengler en *La decadencia de Occidente*. Una de las características de la ciudad de masas moderna es que en ella ya no se vive en comunidad, sino en sociedad (Tönnies), allí reina el anonimato, la escisión y el egoísmo, tal como Hegel describió a la sociedad burguesa en *La filosofía del derecho* (1821). Ese anonimato, esa soledad en medio de la multitud ruidosa, es lo que genera lo que José Luis Romero en su fundamental *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976) llamó “la orfandad interior” (1999, p. 449).

La decisión tardía de Saramago de elegir Lanzarote como lugar para vivir reflejó una actitud muy específica hacia los productos sociales de una civilización enferma. Fue un rechazo implícito a la dirección que tomó la modernidad y que se reflejó en su novela *La caverna*. Esto no quiere decir que Saramago añorara un mundo bucólico, es decir, un retorno imposible de la historia, sino que criticó los excesos producidos por esta “civilización unidimensional”.

Por otro lado, el estilo mismo de Saramago puso de presente su talante crítico. Es significativo que dos de sus novelas lleven el título de “ensayo”. En sentido estricto, el ensayo es un género que se encuentra entre la ciencia y el arte. ¿Qué quiere decir esto? Simplemente que el ensayo requiere, por una parte, un tratamiento adecuado del tema que se aborda. Aquí es necesario delimitar el asunto, navegar en él, plantear una tesis, desarrollarla, sustentarla con coherencia y con rigor, evitando la retórica y las arandelas. El ensayo permite, principalmente, cuestionar y preguntar, antes que resolver problemas. Pero el ensayo también es arte. Es más, este es el sentido que mejor define los famosos escritos de Montaigne. Que el ensayo tenga una relación con el arte quiere decir que el autor puede darse el lujo de crear, aventurar ideas, dejar fluir sus intuiciones, sus iluminaciones, su imaginación. En el ensayo entendido como arte la subjetividad del escritor sale a flote, se

expresa. Es aquí cuando el escritor puede mostrar sus propias cualidades y calidades. El arte en el ensayo, pues, tiene que ver con el contenido que se hace forma, que se manifiesta a través de un determinado estilo. Hay que decir que esta caracterización que se acaba de exponer vale ante todo para el “ensayo filosófico”. En el caso de Saramago, el componente del “arte” es el más notorio en su obra. Es la parte imaginativa, la creación de grandes historias, el estilo, su puntuación inusual que quiere asimilar lo escrito a la música o a la palabra hablada, etc., lo que la hace *sui generis*. Con todo, estas características no le impidieron realizar brillantes críticas al mundo en que vivimos. Incluso puede decirse que es la reflexión sobre el entorno lo que motiva la creación del escritor y lo que predomina en su trabajo narrativo. En Saramago, el malentendido problema de contenido y forma, problema considerado como un “prejuicio” en el arte por Benedetto Croce en su *Breviario de estética* (1912), desaparece. Es un contenido crítico o una historia aparentemente inverosímil que logran la conjunción y la armonía perfecta en su forma, esto es, en la novela-ensayo. No son posibles el uno sin el otro (todo esto sin desconocer que Saramago también escribió poesía).

Sobre la presencia del ensayo en su obra, Saramago dijo: “La novela, para mí, en el fondo, es como un ensayo. Yo a veces digo que a lo mejor ni siquiera soy novelista, yo soy un ensayista que por no saber escribir ensayos, escribe novelas” (Botero, 2001, p. 5). Ese carácter del ensayo se resalta en su concepción de la novela como *summa*, esto es, en la posibilidad de que en ella estén presentes “la filosofía, el drama, la poesía e incluso la ciencia” (Botero, 2001, p. 5). Y en esa *summa* el narrador juega un papel muy importante. Cuando se lee a Saramago no se está solo: se está con él. El narrador habla con el lector, “lo interrumpe” con alguna interesante reflexión; no solo lo guía, sino que es un personaje más. Saramago escritor, pensador, filósofo y crítico de nuestra época, está dentro de sus novelas. Ese “estar” no se refiere simplemente a Saramago como autor o creador de la historia. No. Sino a alguien que constantemente quiere hablarle al lector, que camina junto a él, que quiere desnudar su real forma de ser, de pensar, su ideología. Es el filósofo peripatético que nos acompaña. Y eso es, en realidad, muy acorde con alguien que piensa que “la filosofía es un derecho universal, y no una cosa exclusiva de filósofos” (Saramago, 2004, p. 80). Por eso él hizo de su obra novelística, tal vez con la irritación de muchos filósofos oficiales, una de tratado de filosofía, cuando no de teoría o filosofía política.

La radiografía de nuestra época

En esta parte se pondrá de presente la crítica que en tres obras de Saramago se hace al mundo actual, al mundo del siglo xx y comienzos del xxi. Posteriormente, se harán algunos comentarios relacionados con la crítica de Saramago a la globalización.

La caverna (2000), el libro que escribió Saramago después de recibir el Premio Nobel de Literatura en 1998, tiene un epígrafe con una cita de la *República* de Platón. Esa cita solo se comprende cuando se termina de leer el libro en su totalidad. La cita dice: “Qué extraña escena describes y qué extraños prisioneros, son iguales a nosotros”. Al preguntársele por esta obra, el Nobel contestó:

Digamos que nadie elige un título con semejante carga mítica si su trabajo no tiene que ver con la caverna de Platón. Pero mi novela no trata tanto sobre el mundo de las apariencias sino sobre el mundo real de nuestra época, que se volvió aparente. Platón lo escribió hace 2300 años y yo creo que nunca se ha vivido en la caverna de Platón como ahora. Este es un momento en que todo se volvió virtual: el dinero, la realidad que nos enseña la televisión, donde una hambruna y un genocidio son seguidos de un desfile de modas, o sea un mundo de información que se va vaciando de sentido. Hay, como en la caverna de Platón, personas atadas mirando un mueble en la pared, sin mover la cabeza a uno u otro lado. Mirando sombras (Saramago, 2004, p. 75).

La anterior es la definición más clara de lo que significa el libro. Con todo, hay otros aspectos que no es posible dejar de lado. *La caverna* en Saramago es el centro comercial. En el libro se contraponen dos mundos: un mundo tradicional, rural, un pueblito, donde se vive plácidamente, con tranquilidad y modestia. En él imperan costumbres familiares y relaciones afectivas fuertes entre sus miembros, que, para el caso, son un viejo alfarero, su hija y un perro, a los que luego se les suma el esposo de la hija. Por el otro lado, existe una ciudad y en esta hay un gigantesco centro comercial de 48 pisos: “Creo que la mejor explicación del centro será considerarlo como una ciudad dentro de otra ciudad” (Saramago, 2006b, p. 292). Este centro es la contracara del mundo tradicional en el que viven los protagonistas, un centro que sociológicamente corresponde a la sociedad individualista. Ella, en el

libro, termina arrasando el tipo de vida tradicional de los protagonistas y muestra que su vida y su actividad, la alfarería, son desechables en un mundo donde impera la competencia, la eficacia y el afán de lucro; es una sociedad cuantitativa que no distingue personas. Esto es lo que les sucede a millones de campesinos, artesanos, etc., en el mundo de hoy: sucumben ante el poderío de las multinacionales y sus vidas se quedan sin sentido. Saramago lo relata al final del libro cuando dice: “la alfarería ya se había acabado, de una hora para otra hemos pasado a ser extraños en este mundo” (2006b, p. 396).

En el libro, el centro termina absorbiendo la vida de los alfareros. Ellos se mudan al gran centro comercial. En una gran valla, en letras mayúsculas, se dice: “VIVA SEGURO, VIVA EN EL CENTRO” (2006b, p. 104). En el centro hay de todo: “allí se encuentra lo que en cualquier ciudad, tiendas, personas que pasan, que compran, que conversan, que comen, que se distraen, que trabajan. O sea, exactamente como en el pueblo atrasado donde vivimos” (2006b, p. 292). Saramago describe un centro comercial donde no falta nada. Además de lo descrito, hay diversiones que simulan artificialmente los climas, la playa, la lluvia (2006b, pp. 356-358); hay un zoológico, una cascada, un gimnasio, un campo de tenis, cafés, restaurantes... todo, absolutamente todo. El centro comercial se asemeja a Dios:

[...] no exagero nada afirmando que el Centro, como perfecto distribuidor de bienes materiales y espirituales que es, acaba generando por sí mismo y en sí mismo, por pura necesidad, algo que, aunque esto pueda chocar a ciertas ortodoxias más sensibles, participa de la naturaleza de lo divino —llega a asegurar en un momento el viejo alfarero Cipriano Algor (Saramago, 2006b, p. 332).

Sin embargo, no todo es maravilloso. Saramago termina describiendo el centro comercial como un panóptico, una gran prisión donde hay una vigilancia permanente, donde los espacios terminan siendo reducidos e impera una artificialidad que aparta al hombre de la naturaleza, del aire puro. Es la “jaula de hierro” que teorizó Max Weber, atiborrada de hombres mediocres e iguales. Es lo que se puede ejemplificar con la frase de Saramago: “En la vida todos son uniformes, el cuerpo sólo es civil cuando está desnudo” (2006b, p. 128). El centro comercial de Saramago materializa en la imaginación literaria lo que Michel Foucault llamó “sociedad disciplinaria”, en la cual el cuerpo es, precisamente, el objeto privilegiado del poder.

No está de más decir aquí que la novela de Saramago debe dar pie para que en la actualidad se ponga en marcha una sociología del centro comercial, el cual se ha convertido en un espacio donde se puede pasear, comprar, comer, ir a cine, divertirse, en últimas, donde los hombres dejan de ser “extraños en este mundo” mientras llenan su “orfandad interior”. Los centros comerciales hoy, en cualquier ciudad media de Colombia, son, a diferencia de lo que muestra Saramago en *La caverna*, símbolos de desarrollo y modernización. Muchos de ellos han crecido en Pereira, Villavicencio, Neiva e Ibagué con dineros de dudosa procedencia. De todas formas, para una determinada clase, asistir al centro comercial se convierte en una escenificación de su posición social o, al menos, en un remedio para la “vida dañada” (Adorno, 1984). Una sociología de los centros comerciales comprobaría la eficiencia de los mecanismos que utiliza la sociedad capitalista de control para seguir logrando lo que los teóricos de la Escuela de Frankfurt llamaron la “vida administrada”.

Por su parte, *Ensayo sobre la ceguera* (1995) es una obra fantástica, pero con un profundo contenido crítico. El argumento es sencillo. Todo empieza cuando un habitante de la ciudad, que conduce su auto, se queda ciego; luego un ladrón que le roba su auto queda ciego y el médico que examina al primer ciego enceguece también. De esa forma, la epidemia de la ceguera se expande hasta que todos los habitantes de la ciudad se quedan ciegos, excepto la mujer del médico que decide ayudar a los demás. Es una ceguera *sui generis*, es blanca. Una vez todos están ciegos, menos la mujer, empieza el desastre. El libro es muestra de la portentosa imaginación de Saramago. Al lector le da la impresión de que para describir con tal nivel de realismo los hechos desastrosos e insólitos que pasan en la ciudad, el propio autor hubiera tenido que experimentar la ceguera.

El libro es extremo. Describe las peripecias de un grupo de ciegos por sobrevivir en una ciudad que se ha vuelto un caos. Lo más aterrador es comprobar el abismo al que puede caer la dignidad humana en determinadas condiciones, aunque eso ya se vivió, por ejemplo, en los campos de concentración del nazismo. El libro muestra que una vez dada la epidemia del mal blanco, el “mar de leche” (Saramago, 2003, p. 11), hay confinamientos en sitios de reclusión, enfrentamientos con las fuerzas de seguridad de la ciudad, asesinatos, peleas por la comida y los alimentos, hurtos, abusos de autoridad, violación de mujeres (p. 134) y mil actos de barbarie más. Pero, a pesar de las degradantes condiciones en las que tienen que vivir los ciegos,

Saramago da un espacio al amor, la solidaridad y el apoyo que ellos deben prestarse para poder mantenerse en un mundo totalmente adverso.

Lo importante, aquí, es que el libro termina siendo, además de una excelente historia, una brillante crítica a la civilización. Dijo el propio autor:

el *Ensayo sobre la ceguera* no puede ser entendido como esa cosa sencilla de que uno está ciego. Partamos de que una novela es una alegoría. La ceguera es metafórica, lo que yo quiero decir es otra cosa... yo aludo a una ceguera de la razón. Somos ciegos a la razón y nos comportamos como ciegos. Y la verdad es que si miramos el estado del mundo, ahora mismo... no parece que el mundo sea dominado por lo que llamamos una especie racional. Mi novela se plantea qué es lo que ocurre cuando el hombre [...] se encuentra en una situación límite en que la poca razón que tiene ya no tiene lugar [...]. En el fondo se trata de la visión como entendimiento, como capacidad de comprender. Y al perder la visión en ese sentido metafórico, lo que uno está perdiendo es la capacidad de comprender. Está perdiendo la capacidad de relacionarse, de respetar al otro en su diferencia, sea cual sea [...]. Es toda una ciudad que retrocede al instinto, que yo no llamaría puro, porque lo que sale todas las veces, y lo que está saliendo ahí, es la violencia, la extorsión, la tortura, el dominio del uno por el otro, la explotación (Saramago, 2004, pp. 51-52).

En este ensayo he situado a Saramago en el contexto intelectual del siglo xx y en su crítica a la modernidad. Aquí Saramago se puede inscribir en las ya numerosas críticas que se le han hecho al racionalismo, pero en su caso no es por exceso, sino por defecto. Es decir, la crítica no se centra en los supuestos excesos de la razón, sino en sus carencias, en lo que le falta realmente al hombre para ser racional. Veamos someramente este aspecto.

Max Weber, con un pesimismo fundado, previó la destrucción del individuo y la cultura en manos de los excesos de lo que él llamó la “razón formal”; habló del “espíritu coagulado” que impondría la especialización y la racionalización de la sociedad moderna. Por otro lado, los miembros de la Escuela de Frankfurt criticaron la razón instrumental, la cual situaron en la Ilustración misma; Habermas, buscando equilibrar la razón —lo que implica aceptar las críticas que se le han formulado— ha propuesto la razón comunicativa para remediar el problema. Asimismo, Lukács escribió un libro

titulado *El asalto a la razón* (1952), donde ponía de presente los orígenes del nazismo, crítica que cobijaba manifestaciones similares producidas en la sociedad del siglo xx.

Saramago no dudó de que el hombre fuera racional, pero supo que lo era parcialmente; es decir, no era racional del todo y, con frecuencia (por no decir la mayoría de las veces), se comporta de manera irracional. Tal vez por eso, parodiando a Goya, dijo: “El sueño de la razón, ese que nos convierte en irracionales, hace de cada uno de nosotros un pequeño monstruo. De egoísmo, de fría indiferencia, de desprecio cruel” (Saramago, 2004, p. 59). Pero en él la crítica a la razón no tuvo la radicalidad de los filósofos mencionados. Esa crítica no lo llevó a descreer de ella, sino a la pretensión de que el hombre debe volverse *realmente* racional. Es decir, la propuesta de Saramago fue completar la razón; solo cuando eso suceda seremos verdaderamente humanos: “[...] quizás lo que esté ocurriendo con nosotros sea una caminata lenta, muy lenta, llena de contradicciones, en dirección a la razón. Pero no creo que hayamos llegado todavía [...]. La razón que me importa más es la que tiene que ver con mi par, la relación que yo tengo con el otro” (Saramago, 2004, p. 59).

De tal manera que lo que otros pensadores denuncian como los excesos de la razón, solo fueron para Saramago los efectos de las contradicciones de la razón o, mejor, los resultados de una razón incompleta, que no se ha realizado totalmente. En este caso, esa realización o completitud de la razón implicaría humanizar al hombre, al otro, y remediar los efectos nocivos que se han producido en la civilización.

En la entrevista con Halperín que se ha venido citando, Saramago afirma algo desconcertante, pero no sin sentido: “Yo ya lo he dicho, que lo peor que le ha ocurrido al hombre ha sido descubrir que era inteligente, porque en el momento que descubrió que era inteligente se volvió loco” (2004, pp. 36-37). Es decir, el hombre no fue capaz de aguantar la “evidencia de la inteligencia”; aquí la razón no impetró la responsabilidad que esa inteligencia reclama y exige, tal vez de ahí la locura de esta civilización (Casas, 2001, p. 84).

Con el *Ensayo sobre la ceguera* Saramago aportó sin duda a los álgidos debates sobre la razón en el siglo xx. Este libro le permitió decir al portugués que “nos falta mucho para llegar a ser verdaderamente humanos”, que carecemos de “visión”, esto es, de entendimiento, comprensión del otro, convivencia, respeto, solidaridad, para poder solucionar los grandes problemas que aquejan a nuestras sociedades.

Por su parte, el libro *Ensayo sobre la lucidez* (2004) refleja, a mi juicio, las impresiones que le causaron al autor las dictaduras y los totalitarismos del siglo xx. El propio Saramago padeció los efectos de la dictadura de Salazar en Portugal: de ahí que este aspecto de la política del siglo pasado lo haya influido notoriamente. *Ensayo sobre la lucidez* es un texto que se puede poner al lado de libros tan importantes como el monumental *Los orígenes del totalitarismo* (1948) de la pensadora germano-norteamericana Hannah Arendt, y *Rebelión en la granja* (1945) o *1984* (1949) de George Orwell, entre otros. Si bien Saramago no se refirió a un totalitarismo en la dimensión del régimen nazi o soviético, pues su crítica está enfocada a una democracia totalitaria, la obra trata aspectos que los libros mencionados expusieron de forma brillante y cruda: el poder de los medios de comunicación y su relación con el dominio de las masas, el terrorismo sobre la sociedad, la sospecha como actitud generalizada, los alcances y excesos de la burocracia como herramienta que hace posible y materializa el fascismo social, etc. (Pachón, 2016).

Ensayo sobre la lucidez es un libro que empalma con *Ensayo sobre la ceguera*. Si la ceguera era ceguera de la razón en el primer libro, ahora es la visión, el entendimiento, la lucidez, la que Saramago mostró como respuesta a esa ceguera inicial. Es decir, la lucidez es la utopía realizada frente a la ceguera irracional generalizada en el texto de 1995. Saramago mostró en esos dos libros dos contrastes. El primero es el reflejo de la violencia humana, de su “inmadurez”, de su minoría de edad, y el libro del 2004 es lo opuesto, esto es, la luz de la razón que alumbra las mentes de unos ciudadanos que deciden “rebelarse” contra un orden injusto, contra una “democracia de escrituras” (la expresión es de Fernando González en su libro *Los negroides*, 1936), corrupta y segura de su dominio sobre la sociedad; es una lucidez social que el gobierno autoritario y corrupto se empeña, en una especie de malabarismo verbal y con cuestionables métodos policivos, en convertir en una ceguera, más precisamente, en una abierta insurrección contra el Estado, en una conspiración contra los cimientos mismos del orden social, en terrorismo. Pero Saramago fue claro en el mensaje que quiso transmitir: “Digo que el voto en blanco puede ser apreciado como una manifestación de lucidez por parte de quien lo ha usado” (Saramago, 2006a, p. 204). El voto en blanco es el símbolo de esa lucidez social. Ese símbolo es un no rotundo, decidido y consciente del pueblo frente a la autoridad establecida.

La lucidez también está representada, a mi modo de ver, en el anarquismo que se practica y se materializa en la novela-ensayo. Aquí el anarquismo no es el de la experiencia histórica, no es el anarquismo que practica el terrorismo con pasión, no es el anarquismo terrorista pregonado por el último Bakunin; por el contrario, es el anarquismo en su más puro sentido filosófico, esto es, un anarquismo que recoge los principios de autolegislación y autonomía de Immanuel Kant y que por eso mismo concretiza la libertad, el autogobierno sin amos, sin autoridades. Es la sociedad perfecta que muchos han soñado, con individuos libres, responsables, solidarios, igualitarios y conscientes de los límites de su libertad. Esa es una lucidez que está plasmada en el libro y que en estricto sentido no entra en contradicción con el cantado “comunismo hormonal” de Saramago, porque el comunismo, etapa posterior a la desaparición del Estado, también es, a fin de cuentas, anarquista².

Los temas que trata el libro, entre ellos el voto en blanco, el terrorismo de Estado, la manipulación política, la mentira institucionalizada, el papel de los medios de comunicación, “los falsos positivos”, el asesinato de la oposición, la demoleadora crítica a los límites de la democracia, etc., lo hermanan, como ya se dijo, con grandes tratados de teoría política y filosofía del siglo xx, como *El marxismo soviético* (1958) de Herbert Marcuse. Son estos temas los que hacen del libro una magnífica obra literaria que da luces sobre la política moderna y sus mecanismos opresivos de funcionamiento.

Especial atención merece la relación expuesta en el libro entre el pensamiento, la inteligencia y el poder, la política y el autoritarismo: “Es regla invariable del poder que resulta mejor cortar las cabezas antes de que comiencen a pensar, ya que después puede ser demasiado tarde” (Saramago, 2006a, p. 140). Saramago puso de presente aquí que el totalitarismo es represivo con la intelectualidad, con la inteligencia. Este es uno de los aspectos que el siglo xx se dio el lujo de probar hasta la saciedad: basta mencionar el trato dado en Italia a Antonio Gramsci y a Antonio Negri; en la España franquista a Gaos; en Argentina la dictadura persiguió a Enrique Dussel y a Arturo Andrés Roig; en Alemania a Freud, Hesse, Mann, Marcuse, Horkheimer, Adorno y Benjamin. Estos ejemplos son suficientes para

2 Véase el ensayo de Darío Botero Uribe llamado “Utopía, anarquía y derecho”, que se encuentra incluido en su libro *El poder de la filosofía y la filosofía del poder*.

comprobar la incompatibilidad del autoritarismo mezquino con la crítica intelectual. Un sistema que miente no puede admitir críticas a sus verdades.

Lo dicho sobre los tres libros de Saramago muestra a un autor comprometido con la sociedad, con el mundo en que vive; un hombre a quien le duele, como a Sábato, la humanidad; un literato que no es un cuentero, sino un pensador de nuestro tiempo; un crítico del pasado, del presente y un hombre que aboga por la construcción de un futuro donde la *razón ética*, no la de la ciencia y la técnica, sino la de la convivencia y el respeto por el otro, la práctica de la solidaridad y la bondad, los derechos humanos, sean los cimientos mismos de la sociedad.

Corolario

Saramago fue un duro crítico de la globalización, de la “Disneylandia global”, para usar una expresión suya. Sostuvo que las tres enfermedades de esta civilización eran “la progresiva incomunicación, una revolución tecnológica que no tenemos tiempo para asimilar ni sabemos a dónde nos lleva, y una concepción de la vida que únicamente pasa por eso que llamamos el triunfo personal” (Casas, 2001, p. 84)³. Esta es una época que dará paso a otra, de la cual no sabemos mayor cosa. En esta tesis, como se ve, Saramago sostuvo, como muchos intelectuales del siglo xx, que la modernidad está en crisis y que vivimos su decadencia o su “final”. El escritor portugués afirmó que lo que inició en el siglo xviii, esto es, la modernidad como ilustración, está cuestionada y que el hombre se encamina hacia una época muy distinta. En términos generales, puede decirse que el Nobel fue pesimista frente al futuro.

Esta sociedad veloz, rápida, “apariencial”, de simulacros o “cultura de eyaculación precoz”, como sugestivamente llamó Jean Baudrillard a la posmodernidad (2001, p. 31), ha atentado contra la educación de las personas. Los métodos educativos no lograron estar a “la altura de los tiempos”, para usar una expresión de Ortega y Gasset. Dijo Saramago en conversación con Jorge Halperín:

3 Véase también su ensayo del año 2000 llamado “Leyendo a José Saramago”, que se encuentra en la revista *Politeia* (núm. 25, pp. 235-241).

El conjunto de la gente está más ignorante por dos motivos: primero, porque hay infinitamente más cosas por saber que antes, lo que plantea un desafío imposible. Y, en segundo lugar, porque los sistemas de enseñanza tuvieron que entrar por la fuerza en la masificación y no se prepararon para el cambio. La gente sale de la universidad sin saber. Entonces, por un lado, hay una minoría que controla el conocimiento y controla todo, y por el otro, la ignorancia se expande masivamente como también la pobreza y la miseria (Saramago, 2004, p. 25).

Es esa sociedad veloz la que ha minado los fundamentos de la *socialidad*, la que ha creado la “incomunicación”, la que ha hecho del hombre una “abeja sin panal”, para usar la expresión del maestro Rafael Gutiérrez Girardot; es esa sociedad la que ha hecho de la democracia un tema extraño, distante, sobre el cual no se reflexiona. Y en el fondo el proyecto de la democracia hoy lo encontramos en la lucha por los derechos humanos de 1948. En esos derechos está todo. Solo hay que materializarlos. Con todo, su no realización no se ha dado precisamente porque concretarlos va contra el actual sistema capitalista. Por eso, reivindicar los derechos humanos implica, para el novelista portugués, oponerse a lo que está pasando.

Saramago, es bien sabido, fue un fuerte crítico del capitalismo actual. Él se declaró un “comunista hormonal”. Pero su comunismo no fue el de la actual China ni el socialismo realmente existente en la vieja Unión Soviética; fue, por el contrario, un comunismo que podríamos llamar “principalista”, que recoge el postulado de Marx y Engels en la *La ideología alemana* (1975), según el cual las circunstancias hacen al hombre, pero éste está también en la capacidad de moldear las circunstancias. Ni el capitalismo, ni el socialismo real, ni las izquierdas políticas formaron las circunstancias humanamente, por eso hay que apelar a la solidaridad, la razón ética, el respeto de la diferencia, los derechos humanos.

Por último, cabría decir que en la obra de Saramago el lector puede encontrar temas como el compromiso, lo fantástico, el coraje, la ironía, la denuncia, el pesimismo, la muerte, la vejez, pero también están presentes la esperanza y la utopía, y el deseo de un mundo mejor. Es todo esto lo que hizo de este escritor un intelectual al servicio de la humanidad; un escritor que puso su pluma al servicio de la emancipación.

Referencias bibliográficas

- Adorno, T. (1984). *Crítica cultural y sociedad*. Madrid: Sarpe.
- Baudrillard, J. (2001). *Olvidar a Foucault*. Valencia: Pre-textos.
- Botero Uribe, D. et al. (2001). José Saramago: la lucidez al servicio de la emancipación. *Revista Politeia*, (27), 2.
- Casas, D. (2001). Contrariando profecías y fantasías. La historia no ha llegado al final, sino que no ha empezado. La insurrección contra la modernidad y el postmodernismo en la obra de José Saramago. *Revista Politeia*, (25), 235-241.
- Fernández, J. (1985). Creación literaria, visión del mundo y vida social en Lucien Goldmann. *Revista Argumentos*, (10/11/12/13).
- Gutiérrez Girardot, R. (2001). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va.
- Gutiérrez Girardot, R. (2004). *Heterodoxias*. Bogotá: Taurus.
- Halperin, L. (2000). *Conversaciones con Saramago. Reflexiones desde Lanzarote*. Barcelona: Icaria.
- Lukács, Georg. (1984). *Historia y conciencia de clase*. Tomo I. Madrid: Sarpe.
- Marx, K., y Engels, F. (1975). *Obras escogidas*, Tomo I. Moscú: Editorial Progreso.
- Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Sábato, E. (2004). *Antes del fin*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo.
- Saramago, J. (2003). *Ensayo sobre la ceguera*. Buenos Aires: Sol 90.
- Saramago, J. (2004). *Soy un comunista hormonal. Conversaciones con Jorge Halperín*. Bogotá: Oveja Negra / Le Monde Diplomatique.
- Saramago, J. (2006a). *Ensayo sobre la lucidez*. Bogotá: Santillana.
- Saramago, J. (2006b) *La caverna*. Bogotá: Santillana.